

Mis encuentros con **Don Pablo González Casanova**

Víctor Orozco Orozco*



Por el año de 1978 yo era alumno en la División de Estudios Superiores de la Facultad de Ciencias políticas de la UNAM. Reinaba un ambiente de discusión sobre varios temas preponderantes:

la historia y el futuro de América Latina, las concepciones de la democracia y sus posibilidades, la rivalidad entre la URSS y EE. UU., entre otros. Al mismo tiempo campeaba una gran preocupación por escudriñar y entender la historia de las clases sociales y sus movimientos, específicamente de los trabajadores asalariados. La UNAM se había beneficiado paradójicamente con la llegada de científicos y pensadores de casi toda Sudamérica, expulsados de sus universidades y países por los golpes militares. Naturalmente, no puedo recordar a la mayoría de ellos,

pero menciono a quienes me vienen a la memoria en este momento: Ruy Mauro Marini, Teotonio Dos Santos, Severo de Salles, Agustín Cueva, entre muchos otros. También había un buen número de economistas, historiadores y politólogos mexicanos muy destacados. En ese firmamento de ideas brillaba la estrella de Pablo González Casanova, famoso ya por varios hechos asociados a su vida como intelectual.

González Casanova fue autor de varios libros decisivos en los estudios sociales, principalmente su imprescindible *La Democracia en México*, publicado en 1965. En 1970 se le había nombrado rector de la UNAM después de haber desempeñado altos cargos académico-administrativos, entre otros el de director de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Un poco con sorna, quizá nacida de la envidia, y otro poco con justicia, algunos le llamaban “el Zar de las Ciencias Sociales”. Durante su administración se produjeron novedades relevantes, entre ellas la

Fecha de recepción:
2022-04-20
Fecha de aceptación:
2022-08-23



* Maestro Emérito de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez y miembro de la Academia Mexicana de la Historia. ORCID: 0000-0002-6178-0173.

fundación de los Colegios de Ciencias y Humanidades, una alternativa a la educación media, con la idea de preparar mejor a los aspirantes a ingresar en carreras universitarias, cultivando mentes más inquisitivas y despiertas. El rectorado de Pablo González Casanova terminó antes de que pudiera rendir sus mejores frutos en 1972 por una huelga de trabajadores administrativos agrupados en el Sindicato de Trabajadores y Empleados de la UNAM, orientado por cuadros del Partido Comunista Mexicano.

Así, cuando se anunció la apertura de su seminario que versaba sobre movimientos sociales e historia de las luchas de los trabajadores, corrí a inscribirme. Desde las primeras sesiones me sorprendió su método de trabajo. Estaba acostumbrado a las largas exposiciones de los profesores, a su lucimiento cuando eran buenos oradores o comunicadores, que a veces cautivaban a los oyentes. Don Pablo o “el Doctor”, como se le llamaba —aunque había muchos con el grado— hablaba poco y más bien para preguntar algo sobre el trabajo que desarrollaba algún estudiante o para hacerle una sugerencia. Le interesaba, sobre todo, escuchar a sus estudiantes y propiciar el diálogo, de tal suerte que algunos se sintieron un tanto decepcionados pues acudían con la idea de oír al renombrado intelectual y se encontraban con un oyente, conductor de exposiciones y apuntador de ideas.

Asimilé la enseñanza y me reinscribí al siguiente semestre. Tiempo atrás,

había publicado un artículo sobre las luchas populares en Chihuahua en la revista *Cuadernos Políticos* de la editorial Era y a González Casanova le gustó, alentándome a seguir en esta línea de investigación o de trabajo, como realmente sucedió en los años posteriores.

En 1984 me regresé a Chihuahua, después de diez años de estudiar y trabajar como profesor en la UNAM. Un tiempo después, recibí una comunicación de don Pablo preguntándome si todavía trabajaba temas regionales. Le confirmé y me hizo la invitación para participar en un gran proyecto de la Universidad de las Naciones Unidas que por entonces tenía a su cargo. Acudí a las reuniones en las que se juntaban investigadores de toda la República, con quienes cultivé buenas migas. Eran asambleas bastante fructíferas, pues cada responsable estatal efectuaba una exposición bastante completa de su entidad federativa, comprendiendo aspectos variados de la economía, la política y la cultura.

Además, González Casanova trataba de acudir a cada estado para presidir una reunión con los equipos locales y darles de esta manera el impulso de su prestigio personal. El caso de Chihuahua era un poco especial, pues en casi todas partes había instituciones, principalmente las universidades que acogían al grupo y apoyaban los proyectos. Mientras tanto, en Chihuahua la UACH se encontraba prácticamente clausurada para todo lo que oliera a izquierda y el pequeño equipo que formamos no contaba con ningún

apoyo institucional. En mi caso, todavía no ingresaba a la UACJ. Fue entonces cuando, reuniendo a un conjunto de hombres y mujeres con diversos intereses intelectuales, formamos el Centro de Estudios Libres Ignacio Rodríguez Terrazas, A.C., que comenzó a editar la revista *Cuadernos del Norte* en 1988. Fue así como nos dotamos de un organismo para emprender labores intelectuales en equipo.

Le comenté a don Pablo toda esta situación desde la primera junta en México para que tuviera en cuenta que no contaríamos con apoyo económico, algo que no le preocupó demasiado. Se programó su visita a la ciudad de Chihuahua e invité a un pequeño número de interesados, recordando entre ellos a Jesús Vargas, y realizamos durante varias horas un fructífero intercambio de ideas. En ese tiempo iniciaba el auge de la industria maquiladora y el tópico revestía gran interés. Comenzaba la búsqueda de datos por medios electrónicos y en el Centro de Investigación y Desarrollo del Estado de Chihuahua (CIDECH) que funcionaba en la antigua casa de gobierno, se proporcionaba el servicio de acceso a fuentes de información electrónicas. Fue así como ofrecimos un buen panorama de la industria maquiladora, pero sobre todo de la fuerza de trabajo empleada. Cuando los periodistas se enteraron de la presencia de González Casanova, a quien invitamos a comer en un modesto restaurante, le pidieron una entrevista. Dijo algo sobre la distorsión cultural que provoca la violencia y al otro día, a ocho columnas, uno de los periódicos cabe-

ceó que Pablo González Casanova decía que imperaba la cultura de la narcoviolencia. En el camino al aeropuerto, me dijo: “Pero mire nada más, Víctor, cómo interpretaron mis palabras estos bárbaros”. Viajamos juntos a México y pude escuchar sus posiciones políticas que se inclinaban cada vez más hacia la izquierda, en un largo arco de su vida que comenzó siendo un demócrata liberal.

Muy pronto, Pablo González Casanova fundó el Centro de Estudios Interdisciplinarios en Humanidades en la UNAM, comenzando un nuevo proyecto académico que resultó muy productivo y prolífico. Se abrieron varias líneas de investigación con sus correspondientes seminarios, a cuya integración se invitó a académicos de distintas instituciones. Este modelo resultó un éxito, pues se optimizaron recursos intelectuales y económicos, aprovechando los de las entidades participantes. La copiosa producción del centro se puede ver en la gran cantidad de títulos publicados en todas las colecciones. Años después, inspirado en este modelo, lancé la iniciativa para constituir en la UACJ el seminario permanente Chihuahua Hoy. Visiones de su Historia, Economía, Política y Cultura, que funciona hasta nuestros días y ha publicado ya veinte volúmenes de una obra anual.

Uno de los seminarios establecidos fue el de las entidades federativas, como continuación del ensayado en la Universidad de las Naciones Unidas. Pablo González Casanova me reiteró la invitación para coordinar el área del estado de Chihuahua. Además de

las reuniones nacionales, el programa comprendía la estancia de un investigador de cada estado por tres meses en la UNAM, con el preciso objetivo de que se dedicara a redactar un libro con el resultado de las pesquisas. Me tocó esta estancia durante los últimos meses de 1990 y al año siguiente la UNAM publicó el libro dentro de la colección denominada Biblioteca de las Entidades Federativas. En pocos años se tuvo un libro para cada una de las treinta y dos que componen el país. Con este gran logro se concluyó el seminario.

Volví a saludar personalmente a don Pablo González Casanova hasta 2005, cuando en la UACJ —durante el período rectoral de Rubén Lau— tuvo lugar una reunión de intelectuales de izquierda, organizada por el historiador Enrique Semo, quien había también convocado un año antes a otra en la Universidad Autónoma de Puebla, a la cual asistí.

Ambas fueron nutridas, con debates intensos sobre las posibilidades del cambio en México y la participación de las izquierdas. Recuerdo haber opinado que durante mucho tiempo los miembros de éstas nos parecíamos a

Sancho Panza, quien decía que los refranes se le juntaban en la boca y tenía que soltarlos todos a la vez sin atender a su oportunidad, como le aconsejaba Don Quijote. Así también, sucedía que exponíamos toda clase de teorías revolucionarias sin importarnos demasiado la realidad. A Pablo González Casanova le gustó el símil y medio en broma me dijo: “Se lo voy a copiar”.

En 1994, Pablo González Casanova se entusiasmó con el surgimiento del neozapatismo en Chiapas y en los siguientes años se adhirió firmemente a esta corriente, siendo incluso nombrado Comandante Pablo Contreras, distinción agregada a las decenas de galardones recibidos por instituciones nacionales e internacionales.

En su centésimo aniversario debemos celebrar al mismo tiempo sus grandes contribuciones científicas a la historia de las ideas, su persistencia en el trabajo intelectual, así como su congruencia ideológica y política que lo ubican entre los grandes pensadores de las dos centurias, comprometido con las causas y las luchas de los desposeídos.

